

DE BUENAS LETRAS

# Punto y silencio

JOSE G. LADRÓN DE GUEVARA  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Llega un día en que se tuerce el camino y la vida se pone cuesta arriba. Un viento desatado nos derriba, como un perro feroz y repentino. Ya no puedes tirar de tu indolencia, de tu cuerpo rendido, desplomado. Lo vivido te duele. Es el pasado, su recuerdo tenaz, tu decadencia. Llega un día en que todo ha sucedido. La infancia. El amor y la alegría. La muchacha que tanto nos quería. Los parientes y amigos que se han ido. Ya digo que me nubla la razón lo oscuro de la vida que nos queda; cuando sólo vislumbro la humareda de aquel fuego que fue mi corazón. Me miro de perfil en el espejo, donde he sido tan joven como aquel que botaba barquitos de papel y ahora sólo se tiene por un viejo. Pero sigo viviendo, paso a paso. La vida siempre acaba en un fracaso.

Los años no perdonan. La edad nos arrasa y aniquila. Todos tenemos señalada nuestra fecha de caducidad. Es algo natural e inexorable. Por lo que concierne a los escritores debemos mantenernos alerta, sumamente

atentos y precavidos, respecto de lo que escribimos y publicamos, porque suele darse el caso de los que no advierten su decadencia creadora, arriesgándose a repetirse, cuando ya todo lo han dicho, decepcionando a sus lectores, que se acongojan comprobando que su admirado autor, pasado de rosca, chochea públicamente. Hay que saber poner el punto y silencio, al final de todo lo escrito y publicado, cuando llegue la hora de retirarnos lo más dignamente posible. Me refiero a la posible extravagancia de continuar manifestándonos cuando ya no tenemos nada que decir. Eso sí, se puede escribir como un ejercicio respiratorio, como si fuera una función orgánica, algo que nos ayude a vivir. Pero en privado, sin hacer el ridículo.

Ya hemos visto cómo el Santo Padre de Roma, nada menos, agobiado por los años y la carga que soporta, decide renunciar al ejercicio de su pontificado, retirándose al reducido de su intimidad personal, porque le faltan el ánimo y la vitalidad que requiere el buen

gobierno de la Iglesia. También acabamos de contemplar la abdicación del rey español Juan Carlos I. Tal vez forzado por adversas circunstancias, difíciles de afrontar a estas alturas de su vida. Nadie es imprescindible. Todos somos sustituibles. El tiempo nos ganará siempre la partida. Ya lo dijo Heráclito: todo fluye y nada permanece. La gloriosa selección española de fútbol se desploma ignominiosamente y pierde el campeonato mundial. «La Roja» se convierte en «La Coja». Y el mundo sigue girando. Alfredo Pérez Rubalcaba, víctima de sus propias intrigas, dimite porque no sabe ni puede reflotar la nave de un partido socialista que naufraga, como ya advertimos públicamente algunos, a su debido tiempo, y nos pusieron a parir. Otra que se larga, antes de que la despidan, es doña Magdalena Álvarez, alegando que en sus dimisiones manda ella y cobrando diez mil euros mensuales para los gastos de la casa. Por otra parte, el camarada Willy Meyer, cabeza de lista de las europeas por Izquierda Unida, dimite porque lo han pillado transitando por un paraíso fiscal capitalista. Qué desviste. Son los mismos que predicán la revolución. Los nuevos progres que «pueden», dicen ellos, llevarnos a la ruina. Bonito panorama tenemos a la vista.

Yo he decidido callarme para los restos porque ya he dicho todo lo que puedo decir públicamente, sin tener que arrepentirme después. Aquí me tienen, asomado al mar para verlas venir. Lo que sea, será. Punto y silencio. Se rueda.